

La Eucaristía

Una vez convertidos en miembros de la familia de Cristo, Él no permite que pasemos hambre, sino que nos alimenta con su propio Cuerpo y Sangre por medio de la Eucaristía. En el Antiguo Testamento, mientras se preparaban para emprender viaje por el desierto, Dios ordenó a su pueblo que sacrificara un cordero y se rociara su sangre sobre los topes de sus puertas, para que el Ángel de la Muerte pasara de largo frente a sus casas. Luego comieron el cordero para sellar su alianza con Dios.

Este cordero prefiguró a Jesús. Él es *“el verdadero Cordero de Dios que quita las pecados del mundo”* (Jn 1,29). Por medio de Jesús entramos en una Nueva Alianza con Dios, (Lc 22,20) quien nos protege de la muerte eterna. El pueblo de Dios del Antiguo Testamento comió el cordero de la Pascua. Ahora, nosotros hemos de comer el Cordero que es la Eucaristía. Jesús dijo: *“Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”* (Jn 6,53).

En la última Cena, Jesús tomó el pan y el vino y dijo: *“Tomad, esto es mi cuerpo... Esto es mi sangre del pacto, que es derramada en favor de muchos”* (Mc 14,22-24). Así instituyó Jesús el sacramento de la Eucaristía, la comida de sacrificio que los católicos consumen en cada Misa.

La Iglesia Católica enseña que el sacrificio de Cristo en la cruz ocurrió *“una vez y para siempre”*; no puede repetirse (Hb 9,26-28). Cristo no “muere de nuevo” durante la Misa, pero el mismo sacrificio que ocurrió en el Calvario se hace presente en el altar. Es por eso que la Misa no es “otro” sacrificio, sino más bien una participación en el sacrificio mismo de Jesucristo en la cruz, efectuado *“una vez y para siempre.”*

Pablo nos recuerda que el pan y el vino realmente se convierten, por medio de un milagro de la gracia de Dios, en el Cuerpo y la Sangre de Jesús: *“De manera que cualquiera que coma este pan a beba esta copa del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor”* (I Co 11,27-29). Después de la consagración del pan y del vino, no queda pan o vino alguno sobre el altar. Solo queda Jesús mismo, baja ha apariencia de pan y vino. (CiC 1322-1419)

“Haced esto en memoria mía”

CIC 1341. El mandamiento de Jesús de repetir sus gestos y sus palabras “hasta que venga” (I Co 11,26), no exige solamente acordarse de Jesús y de lo que hizo. Requiere la celebración litúrgica por los apóstoles y sus sucesores del memorial de Cristo, de su vida, de su muerte, de su resurrección y de su intercesión junto al Padre.

CIC 1342. Desde el comienzo la Iglesia fue fiel a la orden del Señor. De la Iglesia de Jerusalén se dice: Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, fieles a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones...Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y con sencillez de corazón (Hch 2,42.46).

CIC 1343. Era sobre todo “el primer día de la semana”, es decir, el domingo, el día de la resurrección de Jesús, cuando los cristianos se reunían para “partir el pan” (Hch 20,7).

Desde entonces hasta nuestros días la celebración de la Eucaristía se ha perpetuado, de suerte que hoy la encontramos por todas partes en la Iglesia, con la misma estructura fundamental. Sigue siendo el centro de la vida de la Iglesia.

CIC 1344. Así, de celebración en celebración, anunciando el misterio pascual de Jesús “hasta que venga” (1 Co 11,26), el pueblo de Dios peregrinante “camina por la senda estrecha de la cruz” (AG 1) hacia el banquete celestial, donde todos los elegidos se sentarán a la mesa del Reino.

“La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor no sólo como un don entre muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad”; [...] “la Eucaristía es el propio Cristo, una persona, con su naturaleza divina y humana, dada a nosotros”. (Cardenal Mark Quillet y Cardenal Jozef Tomko)

Para saber más: Consultar CIC 1322-1498.